

Mateo 11:2-11

Sermón Mateo 11:2-11 Adviento 3 2013

“Al oír Juan en la cárcel los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos a preguntarle: —¿Eres tú aquel que había de venir o esperamos a otro? Respondiendo Jesús, les dijo: —Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí. Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a hablar de Juan a la gente: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta, porque este es de quien está escrito: »“Yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino delante de ti”. »De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él.” (Mateo 11.2–11)

La importancia de Juan el Bautista y su ministerio debe estar evidente ya por el hecho de que los Evangelios de dos de los cuatro domingos de Adviento se ocupan de Juan. El hecho de que es el único profeta que fue específicamente predicho por otro profeta también debe impresionarnos con la importancia de este personaje en el desarrollo del plan divino de salvación. Juan ciertamente fue un gran hombre de Dios.

Pero nuestro texto sugiere una sorprendente pregunta que será el tema de nuestra meditación hoy día. ¿Podrías tú ser mayor que Juan el Bautista? Seguro que tu reacción inmediata es que eso sería imposible. ¿Cómo voy a ser yo, que soy sólo un hermano ordinario en la iglesia, mayor que Juan el Bautista? Pero vamos a ver lo que nuestro texto nos muestra acerca de Juan el Bautista, y lo que Jesús comenta sobre su comparación aun con el creyente cristiano más humilde.

Tenemos que reconocer que Juan también es un ser humano. Y como un ser humano, parece haber dudado de Cristo mientras sufría en la cárcel. Pero es un ser humano también de quien se dicen muchas cosas muy importantes e impresionantes en la Escritura.

Juan había sido nombrado por Dios para ser el precursor del Mesías. Su padre, reflejando lo que el ángel Gabriel le había dicho acerca de su hijo, exclamó cuando nació: “Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado, porque irás delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos, para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados” (Lucas 1.76–77).

Mateo identifica a Juan con la “Voz que clama en el desierto” de Isaías. Su mensaje que preparaba el camino para Cristo fue el mensaje que todo fiel predicador sigue proclamándonos hasta el día de hoy: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3.2).

Cuando Jesús mismo estaba presente con Juan y sus muchos seguidores, Juan indicó a Jesús y proclamó: “He aquí, el Cordero de Dios, y quita el pecado del mundo”. Había visto al Espíritu Santo descender sobre él como una paloma cuando bautizó a Jesús, y estaba convencido de que Jesús era el Mesías que el Padre había enviado para salvar al mundo.

Pero precisamente por su fidelidad en llamar a grandes y pequeños al arrepentimiento y la fe en Jesús, Juan había sido encarcelado. La sórdida historia del encarcelamiento por el tetrarca Herodes nos la cuenta San Marcos: “El mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y lo había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe, su hermano, pues la había tomado por mujer, porque Juan había dicho a Herodes: «No te está permitido tener la mujer de tu hermano»” (Marcos 6:17–18). Así que el valiente testigo de la palabra de Dios se encuentra en la cárcel y las semanas y los meses se extienden sin que Dios ni el Cristo que había identificado hicieran nada para juzgar al que le estaba afligiendo. Había proclamado que “el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego” (Mateo 3:10). ¿No era tiempo que comenzara ese juicio? ¿No era tiempo de que blanda su aventador y queme la paja en fuego que nunca se apagará? A pesar de que era un profeta y había visto en Jesús el Mesías, había tantas cosas que no entendía, de modo que en su aflicción entró en algo de duda y confusión.

Sin embargo, no fue duda que lo llevó a rechazar y desechar a Jesús. Más bien es a él precisamente que acude para ahuyentar sus dudas. “Al oír Juan en la cárcel los hechos de Cristo, le

envió dos de sus discípulos a preguntarle: —¿Eres tú aquel que había de venir o esperaremos a otro?”

Jesús no responde directamente a la pregunta, pero a los discípulos de Juan les dice que deberían informar a Juan lo que ellos mismos oían y veían. Si se compara con lo que el Antiguo Testamento, por ejemplo, Isaías 35 y 61, dice acerca de la actividad del Mesías, se verá que Jesús está cumpliendo eso. “Respondiendo Jesús, les dijo: —Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio”. Entonces, que no se inquiete porque está concentrándose en sus obras de misericordia más bien que de juicio todavía. Es esa misericordia que salvará al mismo Juan si es que no tropieza a causa de él. “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí”. Que deje que Dios determine cuándo es la hora para juzgar y castigar la maldad. Ahora todavía es el tiempo para que los pobres pecadores oigan las buenas nuevas, el evangelio de la salvación que Jesús vino para traer a los pecadores.

Cuando salen los mensajeros de Juan, Jesús busca evitar un mal entendido de lo que dijo a los discípulos de Juan, que podría implicar una crítica de Juan. Todo lo contrario. Jesús da testimonio de que Juan es un profeta, y más que un profeta.

Se dirige a la multitud con una serie de preguntas. “Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a hablar de Juan a la gente: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?” ¿Qué es lo que les atraía a escuchar a Juan? ¿Fueron buscando a un hombre sin integridad? ¿Estaban buscando a uno que cambiaría sus opiniones según la dirección que soplaba el viento? Seguro que no. Fue precisamente porque Juan era un hombre que era fiel, que no temía inclusive ofender a los poderosos, que fue fiel aun cuando le costaba ser encarcelado y podría costarle la vida. Fue la firmeza de ese hombre en la verdad de Dios que había atraído a la gente a salir al desierto para ver y escucharlo.

“¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están”. Otra vez, sería lo opuesto de Juan con su severo atuendo de pelo de camello. No era un rico con influencias en el gobierno. Más bien, la ropa que llevaba sería un indicio de que pertenecía, como Elías, a la siguiente clase que Jesús menciona.

“Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta?” Un profeta. Una portavoz de Dios. No hay otra explicación de por qué tanta gente, de todas las regiones de la tierra santa, hayan dejado sus hogares para escuchar el mensaje de este pregonero en el desierto.

Y Jesús dice explícitamente que está de acuerdo en esa evaluación de Juan. “Sí”, dice Jesús. Fueron para ver a uno que es en verdad un profeta, uno que tiene un mensaje especial de Dios para su pueblo llamándolos al arrepentimiento y prometiendo a los arrepentidos salvación por medio de aquel cuyo camino aparejaba.

Sin embargo, Jesús va más allá que sólo llamarlo un profeta. “Sí, os digo, y más que profeta, porque este es de quien está escrito: “Yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino delante de ti”. Es más que un profeta ordinario. Más bien es el mensajero especial que anuncia al Mesías de Dios que lo precederá y preparará su camino. La profecía se contiene en el libro de Malaquías, el último de los profetas del Antiguo Testamento antes de los 400 años de silencio. Y ahora de repente un profeta aparece para decir que es inminente la venida del Mesías. De hecho, que él ya está allí entre el pueblo comenzando su obra salvadora.

Sin embargo, Cristo dice que el más humilde cristiano es mayor que Juan.

No es que reduce a Juan a un papel sin importancia. Todo lo contrario. “De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”. Jesús lo llama el ser humano más importante y privilegiado que ha vivido hasta entonces. Su obra de preparar el camino para Cristo fue suya en una medida en que nadie más lo había cumplido.

Pero, aun así, fue una obra preliminar, una obra de preparación para el gran día de salvación que sería inaugurado por Cristo. Juan mismo no conocía todos los detalles de la forma en que Cristo redimiría el mundo y traería perdón a los pecadores. Cuando lo identificó usó una imagen del Antiguo Testamento, del cordero de sacrificio que derramaba su sangre por los pecados del pueblo. Pero los detalles todavía le quedaban algo oscuros, como es implícito en su pregunta a Jesús.

Pero el más humilde cristiano puede mirar atrás a una salvación lograda, al precio por los pecados ya pagado, a Satanás ya

vencido en la resurrección del Cristo, a un Cristo que ha ascendido al cielo para reinar sobre todas las cosas en interés de la salvación de los suyos. Puede celebrar que por su bautismo está revestido de Cristo, con su justicia cubriendo todos sus pecados. Puede mirar con anhelo el lugar que su Señor fue para preparar para él con la seguridad de que Cristo volverá y lo llevará allí para pasar la eternidad con él.

¿Puedes tú ser mayor que Juan el Bautista? En cuanto al conocimiento de los detalles de la salvación de Cristo, sí. En cuanto a la intimidad de la relación con Cristo y su Padre, sí. En cuanto a ver que el camino de la cruz es el que lleva después a la victoria, sí. Son cosas que cualquiera de nosotros podemos entender aún mejor que Juan el Bautista porque vemos el cumplimiento, no sólo la promesa. Mayores aun que Juan el Bautista. Cristo lo dijo. “Sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él”. Así regocíjense en las grandes bendiciones que tienen al gozar la salvación lograda de Jesús, el mismo Mesías de Dios, que tomó nuestra carne y obtuvo para nosotros perdón y salvación. Amén.